

VIVIR HOY

Con Sócrates, Epicuro, Séneca
y todos los demás

Roger-Pol Droit



Índice

Portada

Dedicatoria

Cita

Agradecimientos

Intención

Introducción. Colorear el mármol

Primera parte. Vivir

1. Descubrir los gestos cotidianos. Homero y Virgilio

2. Como un dios entre los hombres. Epicuro, Zenón de Citio y Pirrón

Segunda parte. Pensar

3. Escuchar la verdad. Heráclito y Demócrito

4. Mantener la mente abierta. Platón, Aristóteles y Sexto Empírico

Tercera parte. Emocionarse

5. Más allá de la desgracia. Esquilo y Sófocles

6. Reírse de uno mismo. Aristófanes y Luciano

Cuarta parte. Gobernar

7. Dejarse desestabilizar. Sócrates y Diógenes

8. Hablar para convencer. Demóstenes y Cicerón

Quinta parte. Morir en paz

9. Saber el precio del tiempo. Heródoto y Tucídides

10. Irse sin lamentos. Calano y Séneca

Conclusión. Humanidades y humanidad

Indicaciones bibliográficas

Créditos

A la memoria de Pierre Hadot (1922-2010)

«En el fondo, son pocos los libros antiguos que han sido importantes en mi vida; y los más célebres no forman parte de ellos.»

FRIEDRICH NIETZSCHE,
El crepúsculo de los ídolos (1888),
«Lo que debo a los antiguos».

Agradecimientos

Quiero expresar mi gratitud a los maestros que, en mi infancia y mi juventud, me enseñaron latín y griego.

También les doy las gracias a los estudiantes de mi seminario del curso 2009-2010 en Sciences-Po (*Qui sont les Anciens?*), que me han ayudado con su atención y sus preguntas.

Estoy agradecido a Michèle Bajau por la valiosa ayuda que me ha prestado en la transcripción del manuscrito.

Este libro no habría existido sin el apoyo constante de mi compañera, Monique Atlan, a quien le debo mucho más que eso.

Intención

Este libro es un paseo por la Antigüedad que sigue un itinerario subjetivo y libre de cualquier atadura. No es, por lo tanto, ni un trabajo de investigación ni un ensayo académico.

El objetivo de este recorrido es buscar en los antiguos unas reglas de vida y pensamiento de las que hoy carecemos.

No se trata de preguntarle a Sócrates de qué lado debemos dormir, ni a Epicuro qué es lo que hay que comer por la mañana, ni a Séneca cómo gestionar nuestros ahorros.

Lo que propongo es, más bien, enfocar de otra manera algunas experiencias de vida y de pensamiento, primordiales para los griegos y los romanos y en las que todos podremos inspirarnos para elaborar nuestro trayecto personal.

En un momento en que las transformaciones que estamos viviendo tienden a hacer olvidar el estudio de las humanidades, los encuentros con la cultura antigua deberían multiplicarse, ya que estos periplos por el pasado condicionarán, en gran parte, nuestro porvenir.

INTRODUCCIÓN

Colorear el mármol

Et duplices tendens ad sidera palmas.

«Tendiendo hacia el cielo sus dos palmas.»

Cuando pronuncio estas palabras, tengo trece años. Estoy de pie en la tarima, recitando unos versos de Virgilio aprendidos de memoria. Son del principio de la *Eneida*. El héroe se halla atrapado en medio de una pavorosa tempestad. Temblando, suplica, implora, gime y evoca a los suyos que murieron en combate, una muerte más gloriosa que ahogarse en un mar helado. Se lamenta de no haber muerto luchando y se desespera por el oscuro destino que lo amenaza...

Cada trimestre teníamos exámenes de recitación latina. Uno tras otro, sacábamos un papelito con una referencia y declamábamos valientemente unas líneas de Tito Livio o de Cicerón, o unos versos de Horacio, como yo aquel día.

El mismo ritual se repetía cada trimestre, año tras año. Teníamos exámenes de recitación latina en tercero, cuarto y quinto. Una aclaración importante: yo no cursé el bachillerato en un colegio de curas ni en una institución particular. Mi padre no habría permitido jamás que yo estudiase en un centro privado. La recitación latina no era, en modo alguno, una excentricidad ni una increíble excepción. La escena se sitúa en un liceo de la República, en París, hace tan solo unas décadas.

En la enseñanza pública, laica, obligatoria y gratuita, yo me examinaba de recitación latina, pero también de versión latina, y de tema griego, hacíamos exámenes escritos

sobre las guerras púnicas, la conquista de las Galias o las comedias de Plauto.

En aquella época, el latín se enseñaba desde el primer curso de bachillerato. Empecé, por tanto, a los doce años. En tercero, se podía elegir también el griego, que me hizo descubrir otro tipo de letras, en todos los sentidos: una grafía distinta y un alfabeto diferente, pero también epopeyas, tragedias, discursos políticos y, más tarde, textos filosóficos.

¿Por qué empezar con estos recuerdos? No me gustan las memorias y prefiero que las anécdotas, como debe ser, caigan en el olvido. ¿Nostalgia? Tampoco. Soy consciente de que los tiempos han cambiado: aquella es una época pasada que hemos dejado atrás definitivamente. Es inútil, pues, propugnar una vuelta a aquella pedagogía. Aquellos tiempos ya no existen, y no creo ni en la nostalgia ni en la resurrección.

En cambio, sí creo que cada etapa de la historia es diferente de la anterior, y también creo en la necesidad de constatar esas diferencias y en la utilidad de medir sus efectos. Cuando sus consecuencias se revelan nefastas, creo indispensable tratar de remediarlo. Por eso, al recordar esas antiguallas, esa educación que estaba más en sintonía con la del siglo XIX y con los relatos de Jules Vallès que con el *rap* de hoy, he querido subrayar, en primer lugar, una ruptura.

EL LAZO ROTO

Nuestra relación con los antiguos ya no es continua. Desde hace dos o tres generaciones, la escuela ha dejado de explicar todo lo que se había transmitido sin interrupción durante dos mil quinientos años. En la década de 1960, todavía se enseñaba lo mismo que se había enseñado —de una forma diferente, por supuesto, pero con un re-

sultado más o menos similar— a los jóvenes griegos de la Antigüedad, a los romanos del Imperio, a los estudiantes de la Edad Media y a los del Siglo de las Luces.

Y es que, como todo el mundo sabe, los griegos y los romanos han alimentado constantemente el imaginario de la cultura europea. Contemplad la historia, mirad hacia donde queráis... ¡están por todas partes! Desde la pintura hasta el cine, desde Shakespeare hasta Cocteau o Giraudoux, pasando por Racine, Hugo y cien más: os tropezaréis constantemente con ellos. Los descubrimos tanto en Montesquieu como en Robespierre, en Marx o incluso en Hitler; los griegos y los romanos se recomponen eternamente, se interpretan en un sentido o en su contrario, pero siempre son reconocibles.

Y no creáis que sobreviven únicamente en la pintura, el teatro o la filosofía. La presencia de los antiguos impregna las palabras de la lengua, los planos de las calles, las costumbres nacionales, los sistemas jurídicos, los nombres de lugares, la forma de los tejados de las casas, la disposición de los caminos y los cultivos, las instituciones, las fiestas y los cuentos populares. Entre otras cosas.

Pero la gente cada día se da menos cuenta de ello. El trato permanente con las obras antiguas ya es solo cosa de unos especialistas en vías de extinción. Esos expertos son competentes, son innovadores, todos estamos de acuerdo. En la actualidad, son capaces incluso de hacer descubrimientos que los siglos pasados no podían ni imaginar. En este campo también la investigación progresa. La cuestión es otra: el distanciamiento vertiginoso que se ha producido entre los tesoros de los antiguos y el común de los mortales.

Y, sin embargo, esas obras deberían estudiarse más que nunca. El problema no es su accesibilidad material. Casi todas están disponibles en línea, traducidas a las lenguas más utilizadas. Hay innumerables ediciones de bolsillo que permiten a quien lo desee vivir en su compañía, descubrir

en ellas maravillas sin cuento e inagotables posibilidades de adquirir sabiduría. ¿Y entonces? Lo que falta son explicaciones, incitaciones, atracciones, estímulos. Quizá, sencillamente, faltan afectos.

En las siguientes páginas, el lector encontrará algunas tentativas de este tipo: el objetivo principal es guiar a los lectores hacia unos primeros encuentros, o unas nuevas perspectivas. Ayudarlos a familiarizarse con estos grandes monstruos eternamente vivos que son los antiguos. Indicar pistas, trazar itinerarios para encontrar el tesoro, concertar posibles citas. Pero sin dirigir excesivamente el camino, para que cada cual conserve la iniciativa de su trayectoria. Más que un manual o una guía, deseáramos que nuestro recorrido fuese como un paseo, informado pero subjetivo, a través de algunos temas y figuras del legado griego y romano.

Y es que las fuerzas contenidas en ese legado siguen siendo indispensables para cada uno de nosotros. Hoy son, incluso, más necesarias aún que hace unas décadas. En un mundo complejo, conflictivo, agobiante y saturado de mensajes y de imágenes, cada vez es más necesaria esta inmensa reserva de experiencias humanas, ejercicios espirituales, reglas de vida y métodos de reflexión que constituyen las obras de los antiguos. Y, sin embargo, precisamente en el momento en que más los necesitamos, nos vemos privados de su compañía.

MULTICOLORS Y AGITADOS

¿Qué proceso nos ha alejado de ellos? La necesidad de enseñar las disciplinas científicas en un mundo cada vez más técnico era ciertamente imperativa. Con todo, esta necesidad no impidió nunca a nadie formarse también en humanidades. La acumulación de conocimiento es posible, incluso deseable. Pero se ha vuelto impracticable. Lo que ha

ocurrido es simple y muy triste: las matemáticas se han considerado un instrumento de selección más eficaz, y sobre todo más objetivo, que las humanidades. Objetivo, porque el conocimiento matemático se consideró socialmente neutro respecto a la herencia cultural y las desigualdades sociales. Todo el mundo es igual, se pensaba, a la hora de resolver una ecuación. En cambio, comentar la batalla de las Termópilas y las alucinaciones de Orestes resultaba más sencillo a quienes —por suerte, por herencia o por casta— podían oír hablar de ellas en su casa los domingos a la hora de comer.

Así, con la virtuosa intención de restablecer el equilibrio y acabar con la discriminación patrimonial de las clases menos favorecidas, se ha conseguido privar a todo el mundo —¡y en primer lugar a los menos favorecidos!— de la indispensable riqueza cultural de los antiguos. Ahora bien, no es en absoluto cierto que solo las matemáticas y la formación científica sean útiles en el mundo de hoy o en el del futuro. Un director de recursos humanos, un emprendedor, un ingeniero, un comercial podrían, sin duda, sacar provecho cada día de las tragedias de Sófocles, de la moral de Epicuro o de las estrategias en la guerra del Peloponeso, tanto o más que de la trigonometría y las derivadas. Estos hombres de acción pueden adquirir de la obra de los antiguos un vigor humano, estratégico y emocional que puede adaptarse constantemente y que no les resultará menos útil en su trabajo que los datos que les proporcionen las ciencias.

Mi convicción es que los antiguos pueden sernos de muchísima ayuda en cada instante, en circunstancias muy diversas y muy concretas de la vida diaria. En este libro, el lector encontrará innumerables ejemplos. Y si se aplica a ello, cada lector encontrará muchos más por su cuenta. Lo único que debe hacer es cambiar su mirada, dejar de ver la

Antigüedad como una cosa muerta, respetable y aburrida, vagamente decorativa, pero inútil para vivir en el mundo real. Es exactamente lo contrario.

Por mi parte, creo en una Antigüedad llena de color. La imagino mucho más abigarrada, más mestiza, más barroca y más ruidosa que nuestras representaciones habituales. Estamos acostumbrados a imaginar a los antiguos entre mármoles blancos, líneas depuradas y obras de una gran sobriedad. Esta frialdad académica es una leyenda, un artificio fabricado por nuestra historia cultural. Johan Joachim Winckelmann soñaba en la Alemania de finales del siglo XVIII con la necesidad de imitar «la noble simplicidad y la grandeza tranquila» de los griegos y los romanos. Pero es que no fueron ni simples ni tranquilos.

Más bien fueron multicolores y agitados. Vinzenz Brinkmann, otro arqueólogo alemán, contemporáneo esta vez, ha descubierto al microscopio de luz polarizada restos de pigmentos de color en frescos, bajorrelieves y estatuas de la Antigüedad. Las reconstrucciones que nos propone hoy muestran que colores como azulones, amarillos vivos y rojos chillones cubrían el mármol blanco. En sus maquetas, los templos, los teatros y los arcos de triunfo antiguos se asemejan más a Disneylandia que al museo del Louvre.

No sé si Vinzenz Brinkmann tiene razón o no, no tengo suficiente competencia para juzgarlo. Y me da igual. Al hablar de una Antigüedad colorida lo único que pretendo es dar una imagen, sugerir que debemos abordar a los griegos y los romanos como habitantes de un mundo vivo, carnal, imprevisible y múltiple. Si queremos, en la medida de lo posible, tratar de vivir con ellos, hemos de empezar por desembarazarnos de algunos prejuicios que nos impiden remontar el vuelo.

No, esas gentes no son objetos de museo, momias académicas ni actores de péplum. Dejemos de venerarlos por principio y de embalsamarlos con un respeto convencional. No vivían en aulas ni en estanterías de bibliotecas,

sino en un mundo violento, rudo y refinado a la vez, bastante más parecido al nuestro en muchos más aspectos de lo que creemos, y sin embargo a años luz de nuestra vida cotidiana y nuestras evidencias.

Entre las costumbres que nos despistan es muy importante la de compartimentar el saber en géneros y disciplinas, algo en lo que no se insiste suficientemente. Consideramos, por ejemplo, a Sócrates como un filósofo, y no nos equivocamos. Sin embargo, empezamos a desorientarnos al considerarlo *solamente* desde el punto de vista de la filosofía. Un error de perspectiva hace que nos fijemos únicamente en su «casilla» específica en el tablero de la historia del pensamiento occidental.

En realidad, esa casilla «Sócrates» no está aislada de las demás. Tenemos tendencia a creer que están aisladas porque las etiquetamos como «tragedia», «comedia», «historia» o «política». Para nosotros, estas son rúbricas o disciplinas diferentes a la filosofía. Yo estoy convencido de que para comprender a Sócrates es indispensable relacionarlo con su realidad, multicolor y agitada.

No hay un Sócrates separado de la comedia, la tragedia, la invención de la historia, los discursos en la asamblea y el fragor de las guerras. A los antiguos, en mi opinión, solo se los entiende relacionándolos entre ellos, no separándolos según los protocolos de nuestro saber. Lo que vale para Sócrates también es válido para Epicuro, para Séneca y para cualquier filósofo de la Antigüedad. Cada uno de ellos está relacionado con «todos los demás», y no simplemente con los filósofos, sino también con los poetas, los dramaturgos, los historiadores y los políticos.

He intentado, pues, no aislar los pensamientos. Al contrario, me he esforzado por restituir algunos de los hilos que han entretejido perpetuamente las ideas con la palabra poética, con la risa y las lágrimas del teatro, con los conflictos armados y con la escritura de la historia. Sin duda, la primera lección de los antiguos es esta: para entender el

sentido de un pensamiento es necesario preguntarse cómo ha surgido, en qué paisaje se sitúa, a quién se dirige y por qué.

Para aproximarnos hoy a la Antigüedad griega y romana, hay que intentar por lo tanto construir un nuevo imaginario. Está claro que eso no se decreta de un plumazo, no se entrega llave en mano. Pero nada impide trabajar en ello, incitar a cada uno a que encuentre su camino. Antes se pensaba en los autores antiguos como modelos a imitar, todos perfectos, todos admirables. Su presencia se ha dejado sentir durante siglos, de un modo u otro, en la cultura europea. Ahora ya no es así. Aquel imaginario está en crisis. Ya no tenemos una respuesta evidente a la sencilla pregunta de «¿Quiénes son los antiguos?».

REALIDADES QUE HAY QUE CONSTRUIR

¿Quiénes son exactamente los antiguos? La respuesta es, clásicamente, los griegos y los romanos que vivieron y pensaron en la época que tradicionalmente denominamos la «Antigüedad». Muy bien. ¿Y qué más? Debemos concretar. En efecto, si yo pregunto: «¿Quiénes son los vecinos?» o «Quiénes son los franceses», siempre hay dos respuestas posibles.

La primera consiste en detectar la identidad. Es la respuesta factual. ¿Quiénes son los vecinos? Estos son sus nombres... ¿Los franceses? Estas son las personas que poseen la nacionalidad francesa. A la pregunta de «¿quiénes?» se responde, en este caso, con una enumeración, un anuario, una serie de nombres propios, una colección de individuos.

Desde este punto de vista, los antiguos son todos los autores y creadores —trágicos, poetas, filósofos, escritores, dramaturgos, pero también arquitectos, escultores, pintores, sabios, navegantes o geógrafos— que vivieron en la

Antigüedad griega o romana, es decir, entre el siglo VIII antes de nuestra era y el siglo VI después de Cristo. Son casi quince siglos en los que florecieron una inmensa diversidad de escuelas, pensamientos y análisis, organizados en torno a unos cuantos ejes y referencias comunes.

Con eso no basta. Existe otra forma de entender la pregunta, y es interpretarla como una interrogación acerca de la propia naturaleza, del temperamento y las características por las que se reconocen aquellos que son objeto de la pregunta. Desde esta perspectiva, si pregunto: «¿Quiénes son los vecinos?», no me conformo ya con el nombre. Quiero saber de qué clase de gente se trata. Y si pregunto: «¿Quiénes son los franceses?», deberé interrogarme —con razón o sin ella— acerca de una supuesta identidad nacional, de un presunto temperamento francés. Con esto se abre la puerta al debate. Las características que busco hay que componerlas y discutir las de forma abierta.

Desde esta óptica, la pregunta de «¿Quiénes son los antiguos?» ya no tiene que ver con un catálogo, ni con la simple delimitación en el espacio y el tiempo. Exige un análisis de nuestra representación de los antiguos, o más bien de las representaciones sucesivas que han convertido a los autores de la Antigüedad en modelos, en referencias, en puntos de partida.

Este análisis detallado ocuparía varios volúmenes, pero las líneas principales pueden esbozarse con más rapidez. Partamos de esta evidencia banal: siempre ha habido antiguos... Para los griegos existían, evidentemente, figuras anteriores a su propia emergencia o a su desarrollo. Estas siluetas originarias están en muchísimos textos; por ejemplo, para Platón, los egipcios son *palaioi*, «los más antiguos». En su opinión, son los guardianes de la memoria de la humanidad: mucho antes que los griegos, atesoraron los conocimientos y conservaron el recuerdo de los acontecimientos lejanos.